



fué á Egipto. La relacion de la Biblia (1), así como los monumentos que pueden referirse á esta remota época, atestiguan una de esas civilizaciones primitivas, análogas á las que hemos notado en el Asia Central (2). Las tribus descendientes de Mezraim, dedicadas de un modo preferente á la satisfaccion de sus necesidades materiales, desenvolvieron con rapidez las fuentes de su fuerte y prodigiosa naturaleza; se doblegan á los grandes trabajos, á las vastas construcciones; tienen intendentes y oficiales que les gobiernan con gran aparato de autoridad (3). En este tiempo, aunque ya gravemente alteradas, no estaban olvidadas las nociones de la verdad primitiva. El Faraon contemporáneo de Abraham no desconocía al Señor, y algunos reflejos de las enseñanzas de la sana moral han pasado á las obras que se atribuyen á un sábio, hijo del rey, á *Ptah-Hotep*, que vivía en tiempo de la quinta dinastía. Léanse, en efecto, las sentencias que siguen, en donde se respira un perfume de dulzura y de respeto: «La palabra buena brilla más que la esmeralda que la mano de los esclavos encuentra bajo los guijarros... El que toma una buena resolucion, permanecerá dichoso durante largos dias, y su felicidad será perfecta... Es un gran beneficio la obediencia de un hijo dócil; el obediente marcha rectamente por el camino de su obediencia, y el que le escucha lle-

muchos sábios han dicho de la situacion local y contemporánea de las primeras dinastías de Manethon. Esta es la verdad; debemos, pues, inclinarnos á creerla.

(1) M. Brugsch, *op. cit.*, t. I, pág. 80.

(2) El Faraon que quiso arrebatar á Sara, mujer de Abraham, era dueño de numerosos oficiales y de cortesanos activos. Tenía tesoros, y colmó al patriarca de presentes, entre los cuales figuran los metales preciosos, el oro y la plata.

(3) M. Lenormant (*Eclaircis. sur le cerc. de Mycerinus*) hace notar que una de las tumbas descubiertas cerca de la gran pirámide, es la de un sacerdote real, *Bimai*, encargado de la gran morada de Chu-Fu (la pirámide) é intendente de las construcciones del rey. En las tumbas próximas á las pirámides y contemporáneas de estos monumentos, se han encontrado títulos de muchos funcionarios, en tales términos, que M. Lepsius ha podido decir que se creía con suficientes datos para formar «el almanaque real del tiempo de Cheops.» Robiou, *loc. cit.*

ga á ser obediente... El hijo que oye la palabra de su padre, llegará á ser viejo á causa de ella. De Dios es la obediencia; la desobediencia Dios la odia... Oír la palabra, desear, obedecer, es cumplir los buenos preceptos (1)... Un hijo dócil al servicio de Dios, será dichoso á causa de su obediencia; envejecerá, llegará á disfrutar de los favores del cielo, y hablará del mismo modo á sus hijos... Un buen hijo es un don de Dios; da cumplimiento á la justicia, y hace su vejez dichosa.»

A estas consideraciones, corresponde una vida de familia estrechamente unida. El padre no tiene más que una mujer, á la cual rodea de aprecio y de afeccion; quiere mucho á sus hijos, sobre todo al primogénito, «el que hace vivir el nombre paterno.»

Añadamos que la unidad de Dios se muestra allí también, y los nombres de los atributos divinos no han tomado aún la forma de divinidades distintas (2).

El desarrollo de las artes estaba muy desenvuelto. La arquitectura tiene un sello de grandeza y de simplicidad. La escultura es sencilla, y en su conjunto ofrece una expresion tranquila, pero viva. Una de las obras más importantes de estas viejas edades, que sería una de las más antiguas estatuas del mundo, es seguramente este personaje, este escribiente acurrucado, que ha sido descubierto en la necrópolis de Gizeh, cerca de la gran pirámide (3). Verdadero tipo de la raza orien-

(1) Esta palabra es la «que causa el bien de los que la escuchan,» *Ptah-Hotep*, en la introduccion de su narracion. Este curioso manuscrito ha sido encontrado por M. Prisse; existe en la Biblioteca de Richelieu en Paris. M. Chabas ha dado una explicacion, de la cual están tomados los fragmentos citados. M. Brugsch la cita casi entera.

(2) Esta es una observacion muy justa de M. Robiou. «La palabra Dios, dice él, se encuentra con mucha frecuencia en singular; Osiris, ciertamente, es invocado en el prefacio, y Phta figura en el nombre del autor (*Phta-Hotep*, paz ó serenidad de Phta); pero parece que estos serían epítetos de la divinidad más bien que seres distintos. (*Historia antigua de los pueblos de Oriente, op. cit.*)»

(3) Tomamos los principales rasgos de esta descripción de los excelentes datos de M. Ernesto Desjardins, ya citados.



tal, con su boca pequeña, sus pómulos salientes, su frente estrecha, es el representante del carácter más elevado y más inteligente de la raza camítica. Su párpado de bronce deja aparecer un ojo de mármol blanco, vetado de rojo; la pupila, de cristal de roca, es de una trasparencia y de un brillo maravillosos. En el fondo de la órbita, detrás del metal, un clavito de plata forma el punto visual. Ciertamente, es necesario un arte maravilloso, una mano hábil é inteligente, para producir tales efectos.

Las cuatro primeras dinastías indican, pues, una era brillante para el Egipto, segun lo que puede juzgarse por recuerdos tan incompletos. La oscuridad aumenta con las siguientes relaciones de dinastías: «De la quinta no se conoce más que los reyes *Unas* (1), fundador del monumento piramidal conocido con el título de *Mestabat el Pharaun*, trono de Faraon; *Newruhera* ó *Neferkes*; *Tathera* ó *Tancheres* y *Snefru* (2) La sexta cuenta á *Papi-Meri-Ra*, en el cual se ha reconocido á *Meris*, que hizo profundizar el famoso lago, destinado, como ya hemos dicho, á moderar las inundaciones del Nilo. Se le deben también muchas pirámides, y recibió los honores divinos. Una mujer da fin á esta dinastía: es la famosa *Nitokris* de los griegos, cuyo verdadero nombre era *Neitha-ker*, la «sabiduría de Neith (3).» Bella (4), virtuosa, amante de las artes, acabó la pirámide de Ghizeh, y dejó, en medio de las fábulas con que se ha rodeado su vida y su

(1) Este es el *Unos* de Manethon.

(2) Estos dos últimos están uno y otro indicados por el último pasaje del manuscrito de *Ptah-Hotep*, que era hijo de un rey predecesor de *Tatker*, el que dice: «Hé aquí que la santidad del rey *Urna* fué sepultada, y que la santidad del rey *Snefru* se elevó en calidad de rey bienhechor de este país entero.»

(3) *Neith*, la diosa, era la sabiduría de Dios; acabó por divinizar la fuerza, la energía de la naturaleza y la divinidad del panteísmo.

(4) Se la llama la «reina de rosadas mejillas.» También hubo una *Nitocris* en Asiria. ¿La *Nitocris* de Egipto no procedería del Oriente? ¿Sería una conjetura muy aventurada unir su recuerdo á *Semiramis*? No sería esta la primera vez que el Egipto habría adoptado á sus vencedores.

muerte, la reputacion de una mujer de genio.

Después de ella, y después de la séptima hasta la undécima dinastías, no hay más que una serie de desórdenes, seguidos de una decadencia inevitable. Los príncipes se suceden con una rapidez que pone de manifiesto sangrientas discordias: «setenta reyes pasan en setenta dias,» dice una tradicion de una exageracion marcada. El imperio es fraccionado en muchos y pequeños tronos rivales, cuyas luchas le aniquilan. Lo que queda de sus monumentos atestigua el menoscabo de la riqueza y el decaimiento de la cultura (1).

Es necesario llegar á la undécima dinastía de los Entef (2), para hallar en el Egipto algunas señales de renacimiento. Uno de estos príncipes reunió en sus sienes la «corona de los dos mundos,» es decir, las dos monarquías rivales de Memphis y de Heracleópolis. Es el fundador de la duodécima dinastía; es *Amenemha*; el título de grande, *Aa*, ha quedado unido á su nombre, y abre para el Egipto una era de grandeza, de prosperidad y de gloria.

Amenemha, *Amenofis*, asegura desde luego sus fronteras y las extiende en seguida del lado de la Nubia, y allí explota minas de oro. Regulariza el servicio de las aguas, interés vital del Egipto. Al mismo tiempo da al

(1) Los ingeniosos trabajos de M. Brugsch, combinando las listas de Manethon con el canon de Turin, con la tabla de Abydos y lo que queda de los monumentos, han procurado reconstituir estas dinastías. El erudito historiador ha llegado á demostrar que muchas de estas dinastías no habían reinado más que sobre una porcion del Egipto, y frecuentemente eran contemporáneas.

Este hecho se continuó. Así la dinastía de los Entef, la undécima, y los primeros Mentuhotep, reinaban solamente sobre la Tebaida; y las dos dinastías de Heracleópolis, la novena y la décima, no son más que dos casas reales colaterales de las precedentes.

(2) Casi todos los príncipes de esta dinastía llevaban el nombre de Entef. La tabla de Sakkarah, de la cual hemos hablado más arriba, ofrece, para la undécima dinastía, cartones en un órden análogo á la de Manethon. Léanse en ella los reyes de la undécima dinastía Tebana, primera familia Tebana, los Entef, después á Mentuhotep y Amenemha, todos los reyes de la duodécima y los de la décimatercia dinastías, que se termina por la reina *Ra-Sevek-Ra*. (Desjardins, *op. cit.*)



imperio reconstituido el Sa, costumbre poderosa, en virtud de la cual, asociando el hijo primogénito del Faraon á la dignidad real viviendo su padre, evita el enervamiento de la vejez y los peligros de los cambios de reinado.

Sus sucesores son dignos de él y engrandecen su obra. Sesurtasen I comienza el prodigioso templo de Karnak, en Tebas, que será continuado y aumentado por tantos reyes, alza el obelisco de Heliópolis (1), coloca sus armas victoriosas hasta en Nubia, y hasta las rocas del Sinaí. La justicia era uno de sus mayores cuidados, y sus agentes se alaban de «no haber maltratado jamás á las viudas, ni afligido á los desvalidos (2).» Más glorioso es todavía

(1) Este obelisco, el más antiguo del Egipto, lleva sobre sus cuatro caras esta inscripcion, que servirá de tipo á todas las demás: «Horus—la vida del que nace,—el rey del Alto y Bajo Egipto;—Cheper-Ka-Ra,—el dueño de las coronas,—la vida del que nace, el hijo del sol;—Sesurtasen amado de los espíritus de la ciudad de Heliópolis, vivo siempre,—el gavilan de oro,—la vida del que nace,—el dios gracioso Chepe-Ka-Ra,—(erigió el obelisco), al principio de una fiesta panegiria.—Le ha hecho,—el que concede la vida.» Brugsch, *op. cit.* El coloso de Sesurtasen I, ha sido encontrado en Abydos por M. Mariette. (Ernesto Desjardins, *loc. cit.*)

(2) Sobre la tumba de Chnum-Isotep, gran personaje de la corte de Amenemha, se lee: «Yo serví á mi señor cuando partió para batir á los enemigos, en el país de los Atues. Marché en calidad de hijo de un jefe, general de infantería, llamado Sah... Yo era señor de bondad, un gobernador que amaba á su país. Durante largos años ejercí mi poder con el nombre de Sah... Trabajé, y toda noma estaba en actividad. Jamás fué afligido por mí ningun desvalido; ninguna viuda fué maltratada por mí; nunca turbé al pecador, ni puse obstáculos al pastor... Traté igualmente á la viuda y á la casada, no preferí el

Sesurtasen II, el Sesostris de Manethon, y cuyo nombre tomará el gran Rhamsés como un título honorífico. Este es un conquistador; parece que fué el primero que lanzó á lo lejos sus falanjes sobre esa Asia, de donde habiau venido muchas familias emigradas á buscar proteccion de su predecesor (1). Las comarcas lejanas conservaron las huellas de su paso, y la admiracion de los pueblos le erigió templos, en donde aparece como un dios, asistido por dos ó tres dioses. En tiempo de esta dinastía se multiplican las construcciones; Amenemha II levanta el famoso laberinto (2). Las artes recobran su pasada prosperidad, pero se resienten ya de sus formas convencionales y hieráticas, que las inmovilizaron en sus tipos antiguos. En esta época se constituyó la teocracia.

grande al pequeño en todo lo que hice.» Brugsch, *loc. cit.*

(1) Nada hay tan curioso como la decoracion del santuario fúnebre de Chnum-Hotep, este alto funcionario del que hemos hablado hace poco. Contiene pinturas y esculturas que representan la agricultura, las artes y oficios, los hábitos de la disciplina militar, el canto, la música, el baile, los ejercicios y diversiones; en una palabra, toda la vida pública y privada de los egipcios en esta remota época. Es el sello de una civilizacion muy avanzada. Lo que es singularmente notable, es la llegada de una familia de la raza de los amues, de los semitas de Asia. Su tipo está notablemente indicado; traen con ellos á sus mujeres, á sus hijos y á sus ganados; tienen sus armas, sus instrumentos agrícolas, sus instrumentos músicos. «Este cuadro, dice M. Brugsch, es un bello comentario que ilustra la historia de los hijos de Jacob llegando á Egipto.»

(2) Este laberinto, que se trata de edificio fabuloso, ha sido encontrado por M. Lepsius. Véase la duodécima *Carta sobre el Egipto*.

CAPITULO VIII

La invasion de los Hyksos ó Sa-Su.—Décimoctava dinastía.—Conquistas en Asia y en Etiopia. Monumentos.—Tuthmés ó Tuthmosis III.—Trabajos.—Fin de la décimoctava dinastía. Revolucion religiosa.—Último rey

Cerrada la duodécima dinastía (1) con una reina, *Ra-Sebek-Nofru*, va á dar principio una época de decadencia y de invasion.

Esta invasion es la de los «pastores», de los *Hyksos*, como la llama Josefo (2); de los *Sa-su*, como dicen los monumentos (3). Estos «hombres oscuros» llegan «del Oriente»; sus numerosas hordas subyugan al país, «castigado por la cólera de Dios.» Los reyes son esclavizados, las ciudades incendiadas, los templos derribados; degüellan á los hombres y reducen á esclavitud á las mujeres y á los niños. El Egipto es presa de la devastacion; «el país cae en manos de los enemigos, y nadie es ya rey,» dice una antigua crónica (4). La region baja y media se cubrieron de ruinas. Tal es el carácter

(1) Hé aquí la serie de estos reyes: *Amenemha I, Sesurtasen I, Amenemha II, Sesurtasen II, Sesurtasen III, Amenemha III, Amenemha IV, Ra-sebek-Nofru*. M. Ernesto Desjardins, segun M. Mariette, *Revista citada*.

(2) Josefo, *Contra Appiano*, I, 14.

(3) M. Brugsch ha determinado perfectamente, á nuestro modo de ver, que estos *sa-su* ó *scha-su*, eran nómadas de la Arabia Septentrional. Manethon indica que eran fenicios ó nómadas de las cercanías de Siria. Estas dos versiones pueden conciliarse cuando se piensa en el gran imperio árabe, cuya existencia parecen confirmar todas las tradiciones asiáticas.

Permitásenos hacer notar la analogía del nombre de los *sa-su* con el de *Sa-cya, Zo-hac, Dho-hac*, que es el tipo del conquistador árabe, cuyas huellas hemos creído descubrir en los anales de la Arabia, de la Asiria, de la Persia, y aun de la India. M. Brugsch descompone el nombre de *Hyk-sos* en este: *Hyc-rey. Sos-sa-su*, reyes Sa-su ó pastores. Este es el mismo pueblo al que la Santa Escritura llama los hijos de Ismael; «son idénticos á los árabes.» *Historia del Egipto*, pág. 77, t. I.

(4) Este papiro se conserva en el Museo británico. Es citado por M. Brugsch, pág. 78.

formidable de esta gran conquista árabe, conquista semítica, cuyo terrible paso sufrió el Asia entera, y que todavía recuerda con espanto. Tal es esta dominacion brutal y sin piedad, que, animada por el fanatismo idolátrico, se ensañó sobre todo en los templos, y abolió las creencias nacionales. Quizá será necesario referir á esta época la pérdida completa de las antiguas tradiciones patriarcales y la introduccion del sabeismo astrológico, que alteró tan profundamente el culto primitivo.

Como quiera que sea, la invasion se verificó en Egipto, al ménos en la parte más próxima al Mediterráneo. Los reinos que no fueron aniquilados, como el de Xoís, pagaron fuertes tributos y vivieron en duro vasallaje bajo la tiranía invasora (1).

Tebas subsistió quizás en las mismas condiciones. La décimaquinta y décimasexta dinastías fueron tambien tributarias, y su autoridad no se conservó más que sobre las posesiones de la Nubia, exentas de los pastores por su alejamiento. Aquellas comarcas sirvieron de asilo á numerosos emigrantes, y pudo decirse en algun tiempo que el antiguo Egipto buscó tambien su refugio en la Etiopia.

(1) Hé aquí que el rey Ra-Sequenén fué solamente un *hag* (rey) del Alto-Egipto. Los enemigos estaban en la fortaleza del Sol (Heliópolis), y su jefe *Ra-Apepi-as*, en Ha-Uar (Avaris). El país entero era tributario suyo, haciendo sus servicios completos, así como tambien recibia todas las buenas producciones del Bajo-Egipto. El rey Apepi escogió al dios Sutech como su señor, y no fué servidor de ningun otro dios existente en el país entero. Este extracto del papiro existente en el Museo Británico, citado más arriba, completa la relacion de Manethon, y da á conocer muy bien los rasgos de la invasion conquistadora y religiosa de los árabes.